

hielo en que unos condenados rechinan sus dientes y las llamas abrasadoras en que otros condenados consumen su sangre; y dirigiéndose á Satanás, le arrancará de los ojos las cataratas del error y del corazon los instintos del mal, desnudándole de aquella fealdad informe, adquirida entre las garras de su culpa, y devolviéndole con la efusion de su caridad la pristina hermosura, la que tenia cuando era el mas perfecto de los ángeles, y Dios le enviaba á sembrar de soles y de orbes los surcos del espacio y á grabar los divinos arquetipos en las almas superiores, prontas á extender sus divinas alas. Y merced á esto, merced á que la redencion llegará hasta el infierno, y á que el redentor salvará á todas las criaturas; los demonios se convertirán á una en ángeles como las larvas en mariposas y subirán de esfera en esfera, de astro en astro á la vision beatífica del Eterno, entonando un *hossanna* melodiosísimo, á cuyas cadencias florecerá con nuevo florecimiento el Universo y brillarán con nuevo esplendor los coros de espíritus angélicos en la etérea inmensidad de los cielos. Y el mal y el error se habrán acabado; y solo reinarán por todas partes la verdad y el bien.

Estas doctrinas, como ve el lector, no eran de ninguna suerte doctrinas ortodoxas; antes por el contrario oían á herejes como tomadas á la manera del gnosticismo unas en Grecia, otras en Asia; y mezcladas y confundidas todas en la semi-oriental y semi-helena Alejandría. Orígenes pertenece á tiempos anteriores al concilio de Nicea, y lo colocamos aquí por una razon clara y sencilla, porque su doctrina produjo guerras religiosas, engendró discordias y hasta cismas en tres sucesivos siglos. Los origenistas desgarraron mas el seno de la Iglesia con las exageraciones propias de los discípulos exaltados, que Orígenes mismo con su propia y peculiar filosofía. Apenas puede adivinar el entendimiento, ni retener la memoria el número de sectas que la falta de fijeza en la doctrina y la sobra de incertidumbre en los ánimos traian de continuo al seno de la primitiva Iglesia. Los monjes egipcios, por ejemplo, para contrastar la doctrina de Orígenes y oponerle una negacion absoluta, proclamaban el dogma incomprensible de la materialidad y corporizacion de Dios. A tal exaltacion llevaban sus ideas y con instrumentos de tal género las defendian, que como Teófilo, prelado egipcio, las negase, alzáronse en armas, reuniéronse en ejército, y marcharon á marchas dobles sobre el exco-

mulgado para imponerle, por virtud de la fuerza, lo mismo que repugnaba á las inspiraciones de su conciencia y que combatia los dogmas de su Iglesia. Al verlos en tal actitud, movidos de resoluciones tan extremas, prontos á manchar de sangre una espiritual querella de ideas, el obispo salió á su encuentro con el fin de conjurar su cólera y les dijo que, desde el momento mismo de haberlos columbrado, creyó columbrar en ellos la faz sacratísima del Eterno. Tal blasfemia escupida al cielo, y tal adulacion arrojada al rostro de los monjes, reprobables igualmente por su irreverencia respecto á Dios y por su bajeza respecto al mundo, desarmó á los imbéciles cenobitas y los congregó en torno del adulador y blasfemo obispo. Parece imposible, pero esta opinion, que atribuye á Dios un cuerpo, logró mucha boga entre escritores cristianos. Tertuliano, por ejemplo, dice que lo incorpóreo no existe. *Nihil est incorporale, nisi quod non est.* Lactancio estima herejía la idea de negar que Dios tenga figura y llama herejes á aquellos, *qui figuram ullam negant habere Deum.* Eusebio cita en su historia eclesiástica un escrito de Meliton de Sardes, en el cual se pinta como cosa material y tangible, á la divinidad. Citamos todos estos ejemplos, no tanto para abrir el catálogo de las ideas originales y extrañas como para mostrar el número de herejías múltiples que se mezclaban al dogma y que retardaban la constitucion definitiva y el triunfo incontestable de la Iglesia. Cuántas veces, el exceso mismo de celo derramaba perturbaciones irremediables y traia conflictos sin medida. Pocos hombres superiores al Crisóstomo. La miel de Atica fluia de su boca elocuente como de la boca del mismo Demóstenes. La decadencia, que aquejó á la lengua latina en este triste período, no pudo pegarse á la lengua griega, libre del contagio por la elocuencia incomparable de oradores tan sublimes como el Crisóstomo. Y á pesar de esto, sus exageraciones le llevaron á muchas derrotas y le proscibieron varias veces de su ciudad y de su sede. En abierto combate con la Emperatriz Eudoxia de Constantinopla, probó, bien á su pesar, la superioridad de esta varonil mujer, que supo reunir concilios en su contra como si ejerciera la dignidad de Papa y lanzar de la Iglesia militante al primero de los oradores cristianos, cual si fuera el último de los herejes y de los relapsos. El pueblo de Constantinopla salió en defensa del obispo, que tantas veces le habia enardecido y encantado con los prodigios de su palabra:

y como encontrase resistencia en los monjes, entabló con ellos una batalla tan cruel y encarnizada que las iglesias se llenaron con montones de cadáveres, despojos tristísimos de los inmolados en aquellas sacrílegas porfías. Reinstalado en su sede, y proscriptos de Constantinopla sus perseguidores, parecía la paz devuelta completamente al seno de la Iglesia, cuando sucede el triste caso de erigir una estatua de plata cerca de sacro edificio religioso á la Emperatriz Eudoxia; y la vista de tal simulacro enciende su ira, y la ira le sugiere elocuentísima arenga, y la arenga le suscita la enemistad de la Emperatriz que se queja de haberse oído llamar Herodías ó sea la mujer que pidió la cabeza del Bautista, y esta queja le lanza fuera de Constantinopla y le condena tristemente á morir en el destierro cuando su palabra caía como un rocío celeste en los ánimos y engendraba divino ideal en las conciencias.

No eran estas solamente las discordias que pululaban á tal época en el seno de la Iglesia cristiana. Otras, no menores en importancia, venían á cada paso, demostrando la incertidumbre de las voluntades y la vaguedad de los dogmas. No podía un obispo tomar tal ó cual determinación, ni escribir tal ó cual carta, sin que surgiesen á seguida innumerables enemigos, acusándole de indócil á los cánones y de insumiso á la doctrina. Macario de Jerusalem se ve depuesto por Justiniano de Constantinopla como reo de ideas origenistas. En vano se defendió diciendo la temeridad que revelaba el excomulgar á los muertos, sobre todo á los muertos ilustres como el inmortal Orígenes, cuando sus cuerpos yacían ya dormidos en la tierra y sus almas estaban juzgadas por el juicio inapelable de Dios. Los Emperadores se arrogaban tal autoridad eclesiástica que concluían por no hacer caso alguno á las mayores lumbreras de la Iglesia. Justiniano, en 553, citó un concilio para condenar las ideas de Orígenes; y este concilio, de acuerdo con el Emperador, convino en la necesidad de anatematizar y excomulgar á los muertos. Triste cosa ver á un Emperador, que apenas sabía firmar al pié de sus rescriptos, interviniendo con soberana intervención, cual si alcanzara la autoridad de Pontífice, en los principios y decisiones de la Iglesia y mandando las facciones teológicas de verdes y azules que deshonraban la religión y las guerras de judíos, de samaritanos, de católicos que ensangrentaban á la sazón la estéril y desolada Palestina. ¡Ah! nada tan opuesto á la naturaleza de los dogmas ni tan contrario

á la autoridad espiritual de la Iglesia como esta intervención del poder civil y de las fuerzas políticas del Estado en su disciplina y en sus dogmas. Justiniano, que sin acertar con la trascendencia de todo cuanto hacía, lo mismo encabezaba un colegio de jurisperitos romanos que un concilio de obispos católicos, entregábase con sus fuerzas materiales á las sectas; y si en sus cambios, explicables por sus pocos escrúpulos, solía convertirse á los azules, dábales carta blanca para que entrasen á su arbitrio en las casas de los verdes y los persiguiesen con crueldad y los despojaban de sus bienes y los mataban si creían saludable su muerte, seguros de que, en vez de encontrar un castigo, encontrarían una valiosa recompensa. Naturalmente como unas veces la echaba de azul y otras veces de verde, todos los sectarios habían por igual sentido sus arbitrariedades y por igual soportado el peso insostenible de su tiranía. Para mayor escándalo sostuvo al fin de su vida doctrinas heréticas, después de haber agotado todas sus fuerzas en defensa de la ortodoxia: que á tales desvaríos conduce el ejercicio continuo de la autoridad absoluta, sobre todo cuando se extiende á esferas á que no puede llegar, como la esfera inaccesible en que se encuentran el humano espíritu y la humana conciencia, superiores por su compleción natural á todas las fuerzas coercitivas de este mundo. Profesó Justiniano una idea, cuya profesión quiso imponer al clero de su tiempo, la idea de que el cuerpo de Cristo estuvo exento de todas las debilidades corporales, hasta de las más inofensivas, con lo cual, si bien divinizaba la parte corpórea del Salvador, destruía toda la eficacia de su pasión y de su muerte.

Recógense en la historia, y á millares, las pruebas de lo nociva que resulta para la autoridad espiritual de la Iglesia la protección civil y laica de aquellos poderes políticos, que más, á primera vista, suelen aparentar el protegerla y el salvarla. Cuantas veces tomó en mano el Emperador la espada eclesiástica para blandirla contra los herejes, aplaudieron los ortodoxos; y luego se encontraron, cuando menos podían figurárselo, con que aquella espada bendita, y semejante á la empuñada por el arcángel Miguel para abismar en lo profundo al demonio, se volvía contra ellos y remataba el dogma más fundamental quizás de la doctrina cristiana, el dogma de la humanidad de Jesucristo, tan necesario á la Iglesia como el dogma mismo de su divinidad. Hay

que desengañarse; el tirano ejerce su autoridad por caprichos y voluntariedades en las cosas concernientes á la voluntad y por grandes inconsecuencias de principios, en las cosas concernientes á la razon. Los que entregaron la definicion de los dogmas y su amparo á poderes tales como el poder ejercido por Justiniano, deben contestar ante Dios, ante la conciencia, ante la historia de todas estas ofensas inferidas al principio moral y de todas estas negaciones opuestas á la verdad dogmática.

La mayor parte de las herejías, anotadas hasta ahora, se refieren á la naturaleza de Dios; y puede pecarse contra el dogma no solo por principios referentes á lo divino sino tambien por principios á lo humano y á lo natural referentes. Entre los problemas que embargan el entendimiento humano, ninguno de la trascendencia y ninguno de la importancia del problema de la libertad. Si el hombre no causa su vida por libres consejos de la conciencia y por determinaciones de la voluntad independiente y soberana, resulta en la inmensidad del espacio tosco instrumento de la complicada y mecánica máquina que se llama el Universo, ese conjunto material de átomos y de fuerzas. Por consecuencia, la cuestion del libre albedrío se eleva en la metafísica y en la religion á la categoría de una de las cuestiones mas fundamentales, que pueden conocerse y controvertirse por el humano entendimiento. Complicadísimo el problema de la libertad humana, se roza por necesidad con todos los problemas relativos á Dios y á la materia. No puede negarse que parte como somos del cosmos, materia tambien, organismo de esta materia, nos hallamos sujetos á leyes fatales, que no podemos ni destruir, ni desconocer, ni siquiera modificar á nuestro arbitrio; y no puede negarse tampoco que, hijos de Dios, animados por el soplo de su divino aliento, con el eco de su palabra en la inteligencia, con el sello de su eleccion en toda la naturaleza, nacemos sujetos á su gracia y solo podemos movernos dentro de las leyes inescrutables de su providencia; como formados por tal manera que cuanto hay en nosotros de terrestre tiende, como los átomos de polvo que el viento arrastra un instante, á caer sobre la tierra, y cuanto hay en nosotros de celestial tiende, como la llama que sube y sube de continuo, á desvanecerse en el cielo. Pero minerales, plantas, animales, ángeles, por muchos lados y conexiones de nuestro sér, somos hombres, no tanto por el cuerpo que pertenece

á la naturaleza, ó por la razon que pertenece á la divinidad, como por el libre albedrío que en último término ¡ah! nos pertenece exclusivamente á nosotros, formando así la verdadera característica de nuestra alma. Y si no, suprimid la libertad, y vereis cómo todo, desde el Estado á la religion, desde la religion al arte, desde el arte á la moral, deja de tener un sentido propio y de existir en el mundo, como no sea á modo de burla y de irrisión.

Por esta causa, el problema de los problemas estaba en la naturaleza, ó mejor dicho, en la extension de la libertad. Y es el problema de los problemas, porque con él se relaciona estrechamente el problema del mal. Cuantos han visto un Dios perfecto en la cima y un demonio protervo en la base del Universo han querido conciliar estos dos extremos, y mostrar cómo el mal provenia del bien sin que la naturaleza creadora degenerara y desmereciera. Los maniqueos, para explicar este antagonismo, no hacian mas que señalarlo, y dar por razon de la cosa la cosa misma. San Agustin perteneció en los albores de su inteligencia y en las mocedades de su vida al maniqueismo. Orígenes, el grande Orígenes, sentia tal horror al mal que imaginaba los hombres ángeles caidos y á los ángeles hombres regenerados que se apartaban temporal pero no definitivamente del bien. Esta gran polémica concluyó por suscitar al defensor acérrimo de la libertad absoluta, al gran breton llamado y conocido con el nombre, inmortal en la historia, de Pelagio. Celta por su raza, tenia en la complexion ese individualismo, que da tanta originalidad al carácter como á la idea. Educado entre los restos de las religiones drúidicas, habia aprendido indudablemente bajo las ramas de las encinas sacras, donde van á posarse las almas de los muertos, la perennidad de la persona humana. Un pensamiento de Orígenes, profundo como todos los pensamientos de este grande hombre, le alentaba, á saber, el que toda criatura puede llegar á confundirse con Cristo, si llega á proponérselo por objeto de la voluntad y por ideal de la vida. A estas coincidencias se unian el haber nacido á las orillas del mar de Bretaña, en aquella Galia armórica, cuyos peñascos resonantes, cuyas costas bravías, cuyas olas tumultuadas, despiertan en el alma las ideas de lo infinito y en el ánimo las energías de la voluntad. Pelagio le llamaron los suyos, como para demostrar que venia del océano y que llevaba en la cabeza tambien otro océano de pensamientos tan profundo